

Brillos cegadores

Los ornamentos de oro encendieron la ambición de los conquistadores. En la foto, una de las llamativas máscaras de la cultura mochica, que se desarrolló en la costa norte del actual Perú.



EN BUSCA DE LA FORTUNA

El Dorado y otros mitos

Se santiguaban y ofrecían a Dios y al rey los padecimientos que habrían de pasar en el misterioso continente recién descubierto, pero lo que de verdad movía a muchos conquistadores era la ambición de riqueza. Incentivo eterno en la historia del mundo que a ellos les llevó a lanzarse, con tanta codicia como atrevimiento, en pos de quiméricos tesoros y leyendas.

Por **Miguel Mañueco**



La inquietud en la mirada, la aventura fatídica
Klaus Kinski en Aguirre, la cólera de Dios (Werner Herzog, 1972). Lope de Aguirre lideró una rebelión contra la Corona cuando formaba parte de la expedición de Pedro de Ursúa en busca del fabuloso País de Omagua.

Desnudaban al heredero y lo untaban con una liga pegajosa, y lo rociaban con oro en polvo, de manera que iba todo cubierto de ese metal. Metíanlo en la balsa, en la cual iba de pie, y a su alrededor depositaban un gran montón de oro y esmeraldas para que ofreciese a su dios...". La imaginación se desparrama ante estas frases con las que en 1636 el cronista Juan Rodríguez Freyle describía la ceremonia de iniciación del nuevo cacique, El Dorado, que los indios muiscas realizaban en la laguna de Guatavita, situada no lejos de la actual Bogotá. Un acicate más para la codicia de aquellos buscadores de tesoros que en realidad fueron la mayoría de los conquistadores.

Un relato sobre lugares deslumbrantes, un pesado adorno colgado del cuello de

un indígena, un brillo en el horizonte... Todo podía ser una pista, un indicio de lo que escondía la tierra desconocida, hasta donde habían llegado arruinados tras costearse sus propias travesías, a menudo con el cegado impulso de su incultura o analfabetismo, arrastrando a un grupo de seguidores que nada tenían en España y nada podían perder. La obsesión por enriquecerse los puede y los arrastra a todos, incluido al pionero absoluto, Cristóbal Colón, quien en su diario de a bordo menciona 139 veces la palabra oro y tan solo cita a Dios en 51 ocasiones. Curioso es también que, tanto en los escritos de los cronistas de la conquista como en las cartas dirigidas a la Corona, las descripciones de los nativos siempre se refieren primero a las joyas u objetos valiosos que los adornan.

El ánimo no desfallecía por mucho que casi todas las expediciones a la zaga de tesoros acabasen siendo, en el mejor de los casos, un duro viaje inútil y, en la mayoría de las ocasiones, un desastre de sufrimiento y muerte. Y es que estaban dispuestos a lo que fuese, y a menudo seguían cualquier pista remota que los indígenas les daban y que con frecuencia, y habida cuenta de la obsesión por el oro que tenían esos extraños señores blancos, eran mentiras improvisadas con tal de librarse de ellos cuanto antes. Incluso se inventaron lejanísimas y fantásticas ciudades rebosantes de oro, en la certeza de que así los perderían de vista para siempre. En otras ocasiones fueron los propios españoles quienes, obcecados por el enriquecimiento de otros compañeros, exagera-

ron relatos y crearon en sus mentes míticos países y tesoros. A la zaga de unos y otros se organizaron muchas incursiones, en las que sucumbieron miles de hombres, aportando, eso sí, infinidad de datos al conocimiento geográfico del Nuevo Mundo y expandiendo el horizonte de la colonización.

Ningún otro mito movió más a los embelesados conquistadores que el de El Dorado, y ningún otro sobrepasó el tiempo y el espacio para convertirse no sólo en leyenda eterna sino en definitivo concepto semántico y simbólico. A pesar de las abundantes versiones que reivindican su origen, bien es cierto que la mayoría de ellas coincide en la aparición de un indígena en Quito que cuenta esta misma ceremonia de investidura del cacique dorado. El relato se basaba en el encuentro que tuvo Gonzalo Jiménez de Quesada con los indios muiscas en los actuales Andes colombianos. Sus opulentos rituales dieron lugar a la historia que llegó a la actual capital ecuatoriana, donde, mezclada con otros mitos, encumbró la leyenda del país del oro.

El Dorado no aparecía, los desastres se sucedían, pero el mito no cesaba

El primero en creerse el cuento y aventurarse tras él fue Sebastián de Belalcázar. Hasta Timaná, en la actual Colombia, llegó con su gente, donde fueron retenidos por la fiera defensa de los indígenas yalcones. La fabulosa tierra era igualmente la meta de Gonzalo Pizarro, hermano de Francisco, en una expedición que también tenía por objetivo el País de la Canela, otra leyenda sobre un lugar rico en ésta y otras ansiadas especias, que ya estuvieron en los planes de Colón y de otros exploradores. La nutrida hueste acabaría internándose en las espesas selvas amazónicas donde, bajo furiosas lluvias, voraces ciénagas, miles de mosquitos, el acecho de reptiles y la falta de alimentos, fue mucho lo que padecieron. Muy pocos, y en deplorables condiciones, pudie-



ron regresar para contar, entre lamentos, que ni habían dado con pista alguna de El Dorado y que en el supuesto País de la Canela, aunque sí crecía la apreciada especia, no lo hacía con la suficiente abundancia, y además era tierra pantanosa, sin alimentos, inhabitable.

A pesar de todo, nadie dejaba de dar pábulo a la leyenda: años después de que lo intentara su hermano Hernán, con similares resultados calamitosos, Gonzalo Jiménez de Quesada se lanza en pos del "indio dorado" en 1570, con una hueste compuesta por



TONO LABRA

Múltiples señales

Adornos precolombinos como éste hicieron de Perú la tierra más ambicionada por los buscadores de tesoros.

Además de los relatos de los conquistadores, existen numerosas pinturas que muestran a los indígenas practicando el lavado de oro en los ríos. En una de ellas, se puede ver a un grupo de hombres utilizando herramientas simples para extraer el oro de las arenas de los ríos.

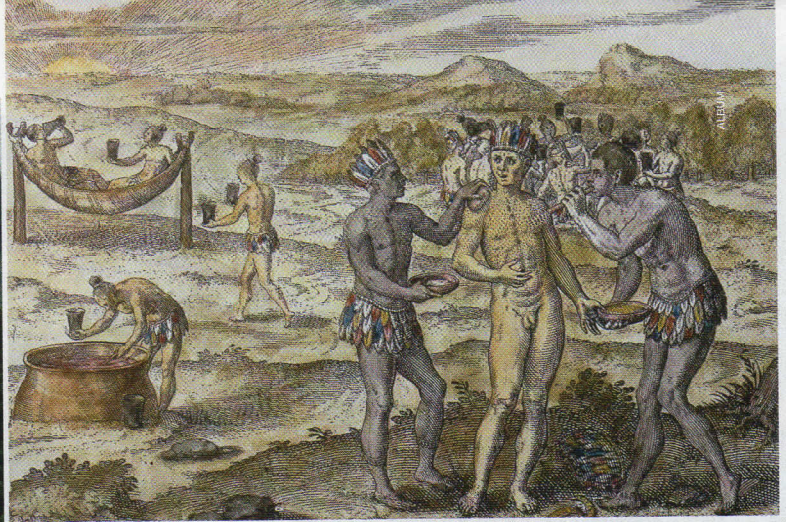


Resplandor oculto

Un grupo de nativos extrae oro en un arroyo procedente de los Apalaches, cordillera situada en el este de Estados Unidos. Hasta estas montañas llegó la durísima expedición que, en 1527, encabezó Pánfilo de Narváez en obcecada búsqueda del dorado metal.



El círculo del ritual
 La leyenda de El Dorado se debe al relato de una supuesta ceremonia de investidura del cacique (derecha), que se realizaba en lagunas como la de Guatavita, cerca de la actual Bogotá.



El sueño del paraíso terrenal

El anhelo de dar con un mundo ideal también fue un horizonte ansiado en la exploración del continente americano. En su tercer viaje, Colón creyó hallar el "paraíso terrenal" en la desembocadura del río Orinoco, y así se lo hizo saber a los Reyes Católicos en una carta que les envió en octubre de 1498. Tiempo después, en pleno siglo XVII, el historiador Antonio de León Pinelo ubicó el supuesto edén al sur del Amazonas. Este autor, como tantos otros, se hacía eco de la resonancia que el eterno mito había adquirido desde el descubrimiento del Nuevo Mundo. El tema encajaba muy bien en las corrientes de pensamiento del Renacimiento y es sobre todo a partir de la publicación del tratado *Mundus Novus* de Américo Vespucio, en 1503, cuando los europeos empezaron a pensar en América como tierra de promisión. El asunto influyó en obras como *Utopía* (1516) de Tomás Moro, *La ciudad del sol* (1626) de Tomasso Campanella o *La Nueva Atlántida* (1627) de Francis Bacon. América habría de ser el mundo del futuro, de la igualdad y la libertad, de la justicia y de la definitiva felicidad.

300 españoles, 1.500 indios, 300 caballos y 800 cerdos. Dos años después, a causa de las desertiones, el hambre y las luchas, sólo regresaron 64 españoles, cuatro indios y 18 caballos. Un desastre más que no amilanaría a Antonio del Berrio, quien, por estar casado con una sobrina de Quesada, había heredado enormes encomiendas, cuyos beneficios invirtió en su obstinada creencia en El Dorado. Tanto así que fueron tres las incursiones que organizó.

Un pirata inglés, conquistadores alemanes y varias leyendas más

En su última expedición, que tuvo lugar en 1590, cuando observó el desaliento de sus tropas, mandó matar a todos los caballos para evitar la vuelta y embarcó a sus huestes en bergantines para seguir el curso del río Orinoco. Sin embargo, se vería obligado a detenerse para esperar refuerzos y

fue entonces cuando fue atacado y capturado por el corsario inglés Walter Raleigh, quien, conocedor del mito de El Dorado, también se lanzaría en su búsqueda, perdiendo la vida en el empeño.

La misma ensoñación de El Dorado, aunque se presentara con nombres bien distintos, señaló otros lares geográficos levantando siempre la misma nube de avaricia. Para librarse de su hostigamiento, los indígenas de la Florida le dijeron a Pánfilo de Narváez en 1527 que las montañas de los Apalaches estaban repletas del dorado metal. Y hasta allá llevó a sus hombres en una durísima hazaña que no pudo acabar peor, pues sólo sobrevivieron Cabeza de Vaca y tres hombres más. No obstante, el eco de la quimera duró y duró, y no faltaron buscadores de los de la Fiebre del Oro, ya en pleno siglo XIX, en esta cordillera del este de Estados Unidos.

También los alemanes, a los que Carlos I había asignado parte de la actual Venezuela, cayeron en el hechizo del mito. Desde Coro había partido en 1541 el conquistador Philipp von Hutten cuando le hablaron del rico País de Omagua. La expedición fue entonces de penalidad en penalidad, de alucinación en alucinación, para acabar en nada. Eso sí, creó una nueva estela mítica, seguida en 1559 por el grupo comandado ▶

Muchos indígenas inventaron lejanos tesoros para librarse del acoso de los invasores



Américo Vespucio desembarca por primera vez en el Nuevo Continente.



La realidad y el espejismo. A Antonio del Berrio lo apresó Walter Raleigh cuando iba tras El Dorado (izquierda), búsqueda en la que también perecería el pirata inglés. Y todo por una quimera, como así fueron las Siete Ciudades de Cibola, en realidad rojizas montañas de Arizona (arriba).

por Pedro de Ursúa, que acabaría con la muerte de este capitán y de gran parte de sus hombres, tras la famosa rebelión de Lope de Aguirre.

Muy sabiamente, los indígenas no dejaban de inventar doradas leyendas para alejar a los ambiciosos invasores. Es la treta que siguieron con Diego de Ordás, cuando remontó el Orinoco convencido de que en su nacimiento se hallaba el país del oro. El Meta se acabaría llamando la nueva ensoñación, y todo porque un indio caribe apresado les dijo que tras las montañas que bordean el río Meta había mucho de ese metal del que estaban hechos los anillos de los españoles. Las adversidades les impedirían remontar dicho río.

La primera fiebre del oro en el territorio de Estados Unidos

A tiempo de evitar tantas calamidades retiró sus huestes Hernán Jiménez de Quesada, por hallarse en los límites del territorio asignado a los alemanes, cuando buscaba la Casa del Sol, un templo que, según se decía, estaba totalmente cubierto de oro y del que no tuvieron más noticias.

Cualquier cosa que se supiera creaba expectativas. Y así sucedió con lo que contó Cabeza de Vaca a su llegada a Culiacán en 1536 acerca de lo que había visto mientras estuvo perdido por el sudeste de los actuales Estados Unidos. El virrey de México, Antonio de Mendoza, no tardó en enviar como explorador a fray Marcos de Niza junto con Estebanico *el Negro*, compañero de aventuras de Cabeza de Vaca. Por doradas ciudades tomarían estos dos hombres los poblados de adobe (seguramente iluminado por el sol) de los indios zuñi, en el principal de los cuales, denominado Cibola, halló la muerte Estebanico. El relato de Niza a su regreso alentó una expedición a la que se unieron muchos viejos conquistadores que, liderados por Francisco Vázquez Coronado, partieron en febrero de 1540. En poco más de dos meses llegaron a Cibola, comprobando la fantasía de fray Marcos, pues aquello no era más que un país pobre y desértico, aunque sus pobladores sí hablaban de siete ricas ciudades situadas más al norte. Y no había lugar para el desaliento: cuando un nativo esclavo de los indios pueblo aseguró a Coronado que efectivamente más allá

existía un rico país llamado Quivira, no dudó en buscarlo y lo único que halló con tal nombre fue un poblado de pieles rojas en el actual estado de Kansas. Después de recorrer miles de kilómetros por los actuales estados de Texas, Oklahoma y Kansas, decepcionado, regresó a México, a donde arribó en la primavera de 1542.

La plata del sur y la Fuente de la Eterna Juventud eran otro espejismo

Afanosas aventuras en el norte, y también en el sur. La leyenda de la Sierra de la Plata la divulgaron unos naufragos supervivientes de la expedición de Juan Díaz de Solís, descubridor del Río de la Plata, así bautizado por las riquezas que estos hombres aseguraron haber visto en la llanura fluvial. Esta nueva quimera fue buscada de forma insistente por Martínez de Irala desde Asunción, quien capitaneó el último intento en 1547 a través del Chaco boliviano, una funesta empresa que solo sirvió para esclavizar o exterminar cruelmente a miles de indígenas.

Más al sur, en las tierras australes, se ubicó otra fantasía: la Ciudad de los Césa-

Tesoros contantes y sonantes

Pocos fueron los casos en que las riquezas halladas dejaron de ser míticas y fueron pura realidad. Mucho halló Hernán Cortés en Tenochtitlán, donde logró reunir 700 kilos de oro y casi otro tanto en joyas y orfebrería, aunque la mayoría se perdió en la llamada Noche Triste. Cuantiosa fue asimismo la cantidad de oro y piedras preciosas que

afaná Gonzalo Jiménez de Quesada en tierras de la actual Colombia, donde igualmente halló su fortuna Pedro de Heredia, fundador de la ciudad de Cartagena de Indias, quien, a espaldas de sus hombres, saqueó las tumbas de los zenúes, en las que, al parecer, dio con una ganancia superior a la de Quesada. Sin embargo, el mayor botín de todos fue el conseguido por

Francisco Pizarro en Cajamarca. En esta ciudad del actual Perú fue apresado el inca Atahualpa, quien no evitó su ejecución tras llenar toda una habitación de objetos preciosos a cambio de su libertad. El tesoro usurpado tardó en fundirse más de un mes. Se repartieron cerca de 6.000 kilos de oro y 11.800 de plata. Separado el quinto real, un simple soldado de a pie, que cobraba la mitad que los de a caballo, se llevó un botín de cerca de 20 kilos de oro y más de 40 de plata.



Enfrentamiento entre aztecas y españoles en Tenochtitlán.